



Serie aceras,
Blanco y negro
pintada a mano,
1980

Para entretener los cocodrilos

Juan Fernando Merino

A sí de horrible, así de espantoso puede ser el buscador de Google. Hasta hace unos cuantos años tratar de localizar a una persona extraviada en nuestro pasado distante y en un sitio remoto requería un telegrama, una carta, al menos una llamada de larga distancia. Ya no. Sólo unas cuantas teclas hacia el ciberespacio.

Tan sencillo.

Tan terrible.

¿Qué habrá sido de la vida de Julio Delgado?, me preguntaba la noche anterior.

La mañana siguiente, mientras desayuno en mi apartamento de Nueva York, entro a Google, escribo Uganda, luego entre comillas su nombre y apellido, y a los cuatro, cinco segundos... antes de que alcance a tomar otro sorbo de café, ya tengo mi respuesta.

A Julio Delgado lo asesinaron en la República Democrática del Congo hace casi diez años, en abril de 2001, junto a sus cinco compañeros de ese viaje.

* * *

La noche anterior de nuevo había pasado un par de horas relejendo los cuadernos que llené durante tres recorridos hace veintitantos años por varios países de África del Este y África Central. En las notas había ido encontrando cada noche, a veces cada par de páginas, viajeros y no viajeros tan desmesurados, tan sorprendentes que parecen personajes de novela sin necesidad de agregarles nada: Mwariko el pintor de demonios y escultor de tortugas, Jean el belga anciano excontrabandista de armas, el inglés Ken con su restaurante London Mix en un barrio modesto de Bulawayo, Manandafu, mi amigo de Madagascar estudiante de aviación en Nairobi...

Y Julio Delgado, el barranquillero trotamundos que había trabajado con organismos internacionales de ayuda al Tercer Mundo durante muchos años y llevaba casi ocho viviendo en una aldea de Uganda. Allí se había casado con una mujer de la tribu local, nieta y biznieta de jefes guerreros de la región de Karamoja, y con ella tenía un niño de tres años, Namuk.

Ahora ya sé, después de tantos años, qué ha sido de él. De una manera tan terrible e irrefutable como llegan las peores noticias: “**Uganda** acusada de la muerte de colaboradores de la Cruz Roja”, dice el titular, en inglés. Y en la mitad del texto, su nombre con las negrillas correspondientes a mi búsqueda: “Los cadáveres de las dos víctimas extranjeras, el colombiano **Julio Delgado** de 54 años y la enfermera suiza Rita Fox de 36 años, fueron transportados por vía aérea al pueblo de Goma...”

El primer artículo en el listado me llevó al portal de una cadena de televisión de Nueva Zelanda. Relata que el 26 de abril de 2001 en horas de la tarde, cuando seis colaboradores de la Cruz Roja circulaban en dos vehículos por la provincia de Ituri, en la República Democrática del Congo, fueron detenidos y asesinados, muy probablemente por soldados ugandeses en control de la mayor parte de esa provincia desde el inicio del conflicto armado.

No me queda entusiasmo para hacer nada más ese día. O el que venga. No sé. No me queda más que viajar a reencontrarme con Julio Delgado 24 años atrás. Transcribir las páginas que escribí en mi diario

de viaje sobre nuestro encuentro en una pensión en un pueblo de la frontera entre Kenya y Tanzania y las horas breves e intensas que pasamos juntos. Lo que me alcanzó a contar Julio al ardor de una botella de vodka.

* * *

Namanga. Frontera entre Kenya y Tanzania, lado keniatá. 2 de enero de 1986.

¿Qué hacía un tipo como Julio Delgado en un sitio como Namanga? ¿Y además la noche de Fin de Año?

Eso me pregunté y también le pregunté a él cuando nos presentamos en el restaurante —por así llamarlo— del único hotel medianamente habitable de Namanga —también por llamarlo hotel—.

Yo había llegado al hotel Palace de Namanga la madrugada del 31, exhausto después de un viaje nocturno de ocho horas y media a través del parque nacional Amboseli, el segundo más grande de Kenya, a bordo de la camioneta todo-terreno de Gianfredo y Lorenza, una pareja de zoólogos italianos a quienes había conocido en el albergue gubernamental de Loitokitok tres días atrás. Una pareja amable, generosa y aburrida y un trayecto ídem: circundados por decenas de miles de animales salvajes que por supuesto no podíamos ni vislumbrar en una noche sin luna y sólo esporádicamente escuchar. De todos modos, esta segunda vez no vine a África para escalar montañas ni para avistar animales salvajes y mucho menos para hacer safaris fotográficos. Ni siquiera traje cámara.

Julio llegó una hora más tarde —mientras yo seguía esperando que desocuparan mi cuarto— procedente de la misma carretera que me trajo pero de la dirección opuesta: del lado tanzanio. Tampoco su cuarto estaba listo.

* * *

No hay otros huéspedes en la zona que hace las veces de recepción y me dirige la palabra. Con la primera frase en inglés identifica mi acento colombiano y yo el suyo. En los viajes largos las coincidencias dejan de tener importancia, pero de todos modos nos alegramos. Julio tiene ganas de hablar. Y de emborracharse y de celebrar la llegada del Año Nuevo hablando y emborrachándose. En el idioma y con el licor que sea,

pero mucho mejor en español y con otro colombiano, me dice apretándome de nuevo la mano.

Es un tipo singular: No muy alto, pero fuerte, compacto; cara bronceada y estriada, pero muy vigorosa. Una cicatriz en el mentón, otra en la frente. Pelo muy corto de negro muy intenso. Barba en forma de candado. Una camisa color verde olivo que le queda muy holgada; un maletín deportivo en el que guarda un pequeño botiquín, algunos documentos y un cuaderno, que cada cierto tiempo saca para tomar notas o hacer unos dibujos, esbozos rápidos de alguna cosa que le haya llamado la atención.

El asunto pasa a ser, ¿cómo organizar un festín y una celebración de Año nuevo en un sitio como Namanga?

* * *

A las seis de la tarde, después de una larga siesta, que obviamente los dos necesitábamos con urgencia, nos encontramos en la recepción del hotel para nuestra excursión de aprovisionamiento. El así llamado restaurante del así llamado hotel Palace está cerrado. Motivo festejos de Fin de Año. Salimos. El panorama: una calle sin asfaltar, una espesa nube de polvo tras el paso de un camión, algunas casas a medio construir y otras a medio derrumbarse, todos los comercios cerrados hasta donde alcanza la vista. Con la sola excepción de una barbería que se anuncia con un dibujo burdo de una cabeza de hombre rapada, unas tijeras y un frasco colorido que debe representar algún tipo de champú.

No muy auspicioso, pero de todos modos nos echamos a caminar por las calles de Namanga hasta que encontramos un expendio de licores. El surtido del local deja mucho que desear, algo explicable, supongo, a estas alturas del año. O a estas alturas del día. Pero encontramos una botella grande de vodka Georgi. Que debería bastar.

La parte comestible se presenta aún más difícil. Los restaurantes en esa parte del pueblo están todos cerrados, y sólo quedan los coloridos carteles de anuncio pintados a mano: por lo general un trozo de carne en un pincho o un pollo entero y desplumado, sin cabeza. A veces el pollo aparece vestido

con camisa y pantalón haciendo gestos de acercarse a los clientes.

Estamos a punto de conformarnos para la cena de fin de año con una caja de galletas y una bolsa de nueces —las últimas provisiones de Julio— para acompañar el vodka, cuando de un callejón cercano nos llega el aroma penetrante, inconfundible, de la comida india. Sin pensarlo ni consultarlo entre los dos nos acercamos y tocamos a la puerta, con la esperanza de que nos vendan algo de esas provisiones o nos digan dónde encontrar comida.

Entre el espacio de la sala, el comedor y lo que se alcanza a ver de la cocina, quedan a la vista tres generaciones de una familia del sur de la India, es posible que cuatro, porque la señora muy pequeña y arrugada detrás de uno de los fogones, puede ser la bisabuela.

De la manera más imprevista, sin hacernos una sola pregunta sobre quiénes somos o de dónde venimos, los hindúes nos invitan a pasar y compartir la cena con ellos, por más que éste no sea su Año Nuevo, por más que seamos unos completos desconocidos.

La cena todavía no está lista pero aceptamos quedarnos a comer con ellos. Y a compartir historias. (Otra constante que he encontrado en las familias hindúes en África es su gran curiosidad por saber cosas de las personas de otras partes del mundo y la muy escasa curiosidad —al menos en apariencia— de saber cosas de las personas locales).

Dos horas, ni una gota de alcohol y numerosas historias después de haber iniciado nuestra expedición por Namanga, Julio Delgado y yo regresamos al hotel Palace con una prometedor botella de vodka ruso y una bolsa con tres panes largos y tostados, muy parecidos al Papadam, pero elaborados al modo de la provincia de Tamil Nadu.

Subimos a la habitación de Julio, un piso más alta que la mía y con una vista ligeramente más ventajosa. Comenzamos a conversar y a beber. Y a celebrar lo que haga falta celebrar.

Con el primer vaso de vodka hablamos de Colombia, de su ciudad y de la mía sobre todo y también de la isla de Providencia. Y cambiamos coordenadas básicas: Julio nació en Barranquilla, trabajó muchos

años como marino mercante, se casó en Bélgica y se divorció cuando ya estaban viviendo en Francia; en París le ofrecieron un puesto como enviado en África de una organización no gubernamental grande, que tiene misiones en algunas de las zonas más pobres y apartadas. Es así como fue a parar a una aldea en la región de Karamoja, en el norte de Uganda. Ahora seguía visitando otras delegaciones, adiestrando nuevos enviados de la organización en Uganda y países vecinos pero desde hace siete años Karamoja era su sede permanente y su hogar.

Con el tercer vodka Julio se suelta como una represa contenida a contar historias sobre los años que lleva viviendo en Uganda, lo desmesurado, casi desquiciado que a veces resulta vivir allí. Yo sólo podía escucharlo, asombrado, sorbiendo el vodka lentamente para no perder detalle. No volvería a tener una celebración de Año Nuevo más peculiar. En muchas lunas y muchos recodos del camino no volvería a escuchar historias tan inauditas como las de Julio el barranquillero.

A grandes rasgos: contra todas las admoniciones, contra todas las prohibiciones e incluso amenazas, se enamoró de Asiolea, una mujer de la tribu más numerosa en la zona a la que había sido destinado, para colmo de una casta alta, nieta de uno de los mayores del clan e hija de un guerrero muerto en batalla contra el ejército nacional de Uganda. Trataron de advertírsele los misioneros de una escuela cercana, unos curas de Verona a quienes Julio admiraba y respetaba mucho, por más que ya no creía en ningún dios, y mucho menos en el dios cristiano y sus representantes en África. Los curas, que forzados por las circunstancias velaban más por salvar vidas que por salvar almas, le advirtieron que de tener un hijo con Asiolea se exponía a que el bebé fuese sacrificado por los sacerdotes de la tribu, pues los niños mestizos eran considerados de mal agüero. Sobre todo si los padres no eran casados. Y resulta que para casarse, por ser extranjero, tendría que aportar noventa cabezas de ganado.

Asiolea es una joven de la etnia acholi, una mujer fuerte y combativa, sin miedo a nada, que durante una de las guerras civiles salvó las vidas de todo un camión lleno de gente. Julio la adora y la odia, por turnos se llevan estupendamente y no se aguantan, pero cuando quedó preñada de repente, imprevisiblemente, ella

estuvo dispuesta a todo con tal de salvar el hijo, y Julio también. Incluso escapar de esa zona e irse a vivir a otra parte, aunque eso equivaldría, con pocas dudas, a una condena de muerte. Los salvaron los hermanos de ella. Entre los tres consiguieron las vacas en Kenya y en Sudán, por los medios que fuera, robadas, contrabandeadas, como fuera: Y también por los medios que fuera, consiguieron que los sacerdotes de la tribu retiraran la condena de muerte del bebé e incluso que presidieran la ceremonia de elección de nombre y de bautizo. Por el sacrificio de un toro y la disposición de sus órganos al morir le dieron el nombre de Namuk (*daredevil*: el que se atreve a todo), el temerario. Julio adora a ese niño, a su mujer la adora y la detesta, repite, y cuando supo con certeza que su hijo se salvaba y que él podía quedarse en la tribu haciendo el trabajo humanitario de la organización francesa, se pasó tres días borracho, solo, haciendo disparos al aire. Esta vez nadie lo importunó. Ni siquiera la esposa.

Por aquella vez había salvado la vida de su hijo, la de su esposa y la suya. En ese orden. Pero antes de que pasara un año le tocó empezar a viajar de nuevo y a llevar auxilio de la organización para la que trabajaba a otras aldeas de la zona durante una hambruna espantosa. Y también durante una época igual de espantosa de enfrentamientos tribales, militares y políticos. Miles y miles de muertos en su región inmediata. Muchas veces pasaba por sitios donde todavía estaban los cadáveres de los pasajeros de algún vehículo que había sido asaltado. O que se había estropeado en mitad del camino y entonces los combatientes de la banda que llegaba antes, asesinaba a los ocupantes. Por si acaso.

Julio sabe muy bien que quedarse varado en la carretera puede ser mortal y entonces antes de salir de viaje en su pequeño camión revisa pieza por pieza y tuerca por tuerca. Se pasa dos días enteros revisando su camión. Durante la época de la guerra civil de Uganda solamente le falló dos veces. La primera vez, la banda de hombres armados que pasó poco después lo reconoció de una ocasión dos años atrás en que había llevado una reserva de antibióticos a su aldea. La segunda vez le sucedió en medio de una zona desértica en plena noche, y lo único que pudo hacer fue escabullirse bajo un arbusto, ni muy cerca ni muy

lejos del camión, y esperar, sin estar seguro si llegaría al día siguiente vivo o muerto.

“¿Y el miedo?”, le pregunto. “¿Miedo?”, se pregunta Julio mientras termina otro vaso de vodka y enciende otro cigarrillo. (Curiosamente los fuma muy lentamente pero hasta el final, hasta que la ceniza choca con el filtro o con el dedo, aunque tiene varias cajetillas de reserva). Y me cuenta: “Por supuesto que en Uganda he sentido miedo muchas, muchísimas veces. Y el estómago se hace pequeñito. Pero es una sensación estimulante, casi como un orgasmo. El gozo de haber sobrevivido a una situación de peligro extremo. Es muy raro, pero después de que pasó la época de la hambruna y de las guerras en Uganda y en Burundi, de una manera muy extraña me hacía falta aquello. Entonces con un amigo francés de la Unesco que trabajaba cerca, a veces íbamos a un lago que tenía cocodrilos. Uno de los dos agitaba ramas en el agua, tiraba piedras y hacía ruidos para entretener los cocodrilos mientras el otro se bañaba en el lago. Puede sonar como una locura, pero me hacía falta. De verdad. Es que me hacía falta. Yo no podría vivir la vida de mis amigos de antes que se quedaron en París o en Zurich. En una oficina, una empresa, una agencia, un trabajo monótono, sin sentido. Muchos de ellos me dicen que mi vida es muy difícil, pero es la vida de ellos la que me parece difícil. ¿O será que vos y yo somos diferentes? Puede ser. Yo pienso que hay que vivir intensamente. Nunca se sabe cuando se acaba: una bala perdida o una emboscada, una enfermedad, una infección. El año pasado estuve en peligro de muerte inminente. Una bilharziasis. Seguramente por el agua de los lagos en que nadaba. Durante semanas había tenido debilidad, fiebre, dolores de estómago. Cuando se enteraron mis amigos de Europa, muchos de ellos me escribieron: ¡SIDA! ¡Seguro que es Sida! Yo ni siquiera había oído hablar de esa cosa. Pero tenía la hemoglobina altísima. Me fui manejando en el camioncito hasta Nairobi y no sé cómo llegué. El médico que me vio en el hospital no se explicaba cómo tuve fuerzas para conducir todo ese trayecto, casi sin parar. Es la fuerza mental. ¡Seguro! Esta carcacha me falló (se señala la zona entre el pecho y el estómago), pero aquí (el dedo en la sien), firme. A pesar de la dispersión y los peligros y lo que sea, mantengo un equilibrio... Bueno, pero salud, hermano, que se me está atrasando con el vodka...”

Y así, otras historias, durante otro par de horas, hasta que se acaba el vodka. O las fuerzas.

Al día siguiente, poco antes de las diez de la mañana, Julio y yo nos encontramos a las puertas del hotel Palace, de salida los dos. A mí me esperan dos amigos daneses en Moshi para seguir viaje hacia el monte Kilimanjaro. A Julio lo esperan en Malambo para impartir un cursillo de cooperación comunitaria a un grupo de voluntarios canadienses recién llegado a Kenya.

Hay que volver a verse y continuar las historias, decimos, y nos da risa al recordar el último vaso de vodka. Nos damos un abrazo largo y apretado. Cambiamos direcciones postales con la promesa vehemente, inquebrantable, de escribirnos. Que probablemente ninguno de los dos va a cumplir.

* * *

No cumplimos la promesa. Nunca nos escribimos y por supuesto nunca nos volvimos a encontrar. Así somos tantas veces con los viajeros que nos cruzamos. Y los amigos. Con los amigos que fueron o serían. ¿Entonces para qué carajos viajábamos? ¿Para qué putas? Con perdón Julio, pero es que a ver, de verdad, para qué sirve la buena voluntad y los malos reproches si no hicimos ningún esfuerzo para reencontrarnos. A ver, ¿para qué? ¿Para una página publicada o no publicada? ¡Maldita sea! Para lo que nos sirve eso. Para lo que te sirve a ti.

O a mí.

Al final todo lo que yo diga y escriba da igual, Julio. Ya te mataron.

Maldita sea. ■

Juan Fernando Merino (Colombia)

Vive en Nueva York desde hace varios años. Es autor del libro de relatos *Las visitas ajenas* (1995) y de la novela *El intendente de Aldaz* (1999). Se desempeñó como jefe de traductores del Festival de Cine de Valladolid, y estuvo vinculado con la editorial Anaya de Madrid, para la cual tradujo obras de Mark Twain, Daniel Defoe y Herman Melville. Ha traducido cuatro novelas de Roddy Doyle, así como obras de Coraghessan Boyle y Julie Hecht.